

El peligro del *Quijote* temprano

JOSÉ MARÍA PLAZA

Escritor

“El *Quijote* es un libro de llegada, no de partida. No es una obra para los que dan sus primeros pasos en la lectura, sino para aquellos que son lectores formados y pueden apreciar y disfrutar de una obra tan rica y compleja como la novela de Cervantes.” Con estas palabras el autor nos acerca a la realidad que encontramos de manera frecuente en los Centros Escolares, la de unos estudiantes no acostumbrados a leer y que sin embargo se ven abocados a la lectura obligatoria de esta obra cumbre, a veces demasiado tempranamente.

El *Quijote* es un libro de llegada, no de partida. Creo que todos entendemos perfectamente el alcance de esta frase y hasta podremos estar de acuerdo con ella. *Don Quijote* no es una obra para los que dan sus primeros pasos en la lectura (adulta), sino para aquellos que son lectores formados y pueden apreciar y disfrutar de una obra tan rica y compleja como la novela de Cervantes.

Sin embargo, *Don Quijote de la Mancha* ha sido, y es, en muchos casos, una lectura obligatoria para los alumnos de secundaria y bachillerato, con la razonable excusa de que si no lean ahora la novela fundamental de la historia de la literatura, difícilmente van a hacerlo después. Ciertamente, es necesario conocer algunos aspectos del *Quijote*, personajes, situaciones y expresiones, ya que forman parte de la cultura general, pero no al precio de ir creando odios difícilmente superables.

Resulta patético contemplar a estudiantes que no son capaces de abordar a Julio Verne, se aburren con La isla del

tesoro o no soportan Robinson Crusoe (aunque, para salir del paso, alquilan la película), y han de enfrentarse —muchas veces, a las bravas— a “El ingenioso hidalgo...” La mayoría puede intentarlo, pero no sabemos en qué párrafo o capítulo va perdiendo el interés y abandona la novela casi definitivamente: “¡Si es que no se entiende nada!”, es la expresión más repetida y, en cierto modo, la justificación moral que les permite rechazar la novela con la cabeza bien alta, porque ciertamente el error no ha estado en ellos.

Hay otros profesores que son conscientes de la dificultad de la empresa e intentan seleccionar pasajes con una cierta acción y leerlos en voz alta en clase. Normalmente se elige, para empezar, la aventura de los molinos y la de los rebaños de ovejas y carneros, o incluso, el capítulo en que es armado caballero en la venta. A los jóvenes estas aventuras les parecen una simple payasada y sin gracia. ¿Esta es la grandeza del *Quijote*? ¿esta es la obra maestra de la literatura española?, se preguntarán algunos, bastante confusos.

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer

El profesor les ha podido explicar —para hacer boca— que el *Quijote* es una novela muy divertida, una obra de humor; pero todos sabemos que el humor es una cuestión de época y hasta de geografía, y lo que hacía partirse de risas a los oídos de hace cuatrocientos años, ahora puede dar pena o dejar indiferente. Cervantes escribió la novela para el vulgo de su tiempo (para los críticos y la posteridad se volcó en lo que consideraba su obra maestra, Los trabajos de Persiles y Sigismunda).

Cuando a alguien se le fuerza a afrontar algo que está por encima de sus posibilidades, lo normal es que le cree un rechazo visceral que puede ser manifiesto, militante o inconsciente. Los grandes amores y los grandes odios de la adolescencia no se superan tan fácilmente y nos pueden marcar para toda la vida.

Los lectores actuales, que han visto miles de horas de escenas humorísticas en el cine y la televisión, son insensibles a las ingeniosidades de Cervantes, y el que don Quijote confunda a unos molinos de viento con gigantes o a rebaño con un ejército de soldados es algo que —modernizando el asunto— sucede también en los tebeos de Rompetechos, o en los de Mortadelo; un personaje de historieta —dicho sea de paso— que se disfraza de todo lo imaginable, hace mil locuras, mete la pata y siempre acaba molido a palos junto a Filemón, más o menos como don Quijote y Sancho. ¡Curioso! Así que, ¿para qué acercarse a Cervantes que, además, se alarga demasiado y en un lenguaje antiguo? Esta es una pregunta que se hacen (o llevan dentro) una gran parte de los alumnos a los que se les obliga a leer el *Quijote* cuando aún es temprano y no están preparados. No hay que olvidar que los que confiesan

que lo leyeron de niños, disfrutaron con el libro de Cervantes, les abrió un mundo y etcétera, son la excepción que toda regla tiene, y constituyen las únicas opiniones que nos llegan, porque la realidad es otra. Es ese 98 por ciento que no habla del tema.

Por encima de sus posibilidades

La verdad es que cuando a alguien se le fuerza a afrontar algo que está muy por encima de sus posibilidades, lo normal es que se le cree un rechazo visceral que puede ser manifiesto, militante o inconsciente. Los grandes amores y los grandes odios de la adolescencia no se superan tan fácilmente y nos pueden marcar para toda la vida. Con lo cual, estaremos creando generaciones de no-lectores del *Quijote* o —lo que es peor— de personas medianamente cultas con una idea muy parcial, desequilibrada y disparatada de la novela de Cervantes, que no comprenden ni comprenderán nunca —tampoco se esforzarán por ello, pues han quedado tocados— la grandeza y el verdadero valor del *Quijote*.

Todo esto que cuento es mundo cotidiano, experiencias que he ido viviendo en los colegios y en mi entorno familiar, y es algo que también me sucedió a mí de niño y casi hasta de adulto. La historia, una vez más, se repite.

Yo estaba destinado a ser uno de esos no-lectores del *Quijote*, un adulto común que, cuando le preguntaban si había leído la novela de Cervantes, contestaba con un pssssi, un sí impreciso que hacía referencia al conocimiento de algunas escenas famosas y el haber comenzado varios capítulos sueltos que siempre se abandonaban. Pero nada más. Mis intentos de adentrarme seriamente el *Quijote* se desmoronaban ya en los primeros párrafos. Cuando empezaba a leer “En un lugar de la Mancha...” y me tropezaba con ocho o nueve palabras que no entendía en los párrafos iniciales... me ponía nervioso, y

ya no me interesaba saber cómo vestía ni qué comía el hidalgo.

Luego volvía —he vuelto— muchas veces al texto de Cervantes, pero infructuosamente, porque si he crecido como lector a lo largo de los años, y me he podido enfrentar a obras complejas, no me sucedía lo mismo con *El Quijote*, que era incapaz de descifrar o leer con placer por esa animadversión (mezclada con impotencia) que arrastraba hacia tal novela. Son los traumas de infancia, las obligaciones mal entendidas.

Pero llegó un momento en que me impuse la tarea de enfrentarme al *Quijote*, como me he propuesto tantas veces aprender bien inglés. Estaba en ello, cuando un profesor de la Universidad de Kioto me comentó que la novela de Cervantes es uno de los escasos textos españoles conocidos en Japón, pero que se vendía mejor la adaptación que un traductor nipón había hecho, ya que el original parecía estar reservado para unos pocos profesores, no para sus alumnos; y mostró un gran interés por conocer la versión que pudiera hacer un autor de la patria de Cervantes. También me sucedió algo parecido en Brasil. Y supe después que en Rusia, donde se venera la figura de don Quijote (cuya primera traducción es tardía, 1769), y en Polonia, concretamente, estaban buscando una tercera vía que permitiese a todos llegar a Cervantes pero sin Cervantes (un juego de palabras que nos recuerda a aquel “todo para el pueblo pero sin el pueblo” del despotismo ilustrado).

Buscando al lector de hoy

Así es como surgió la idea de *Mi primer Quijote*, un texto pensado más para el extranjero que para el mercado español, y que de no haber sido por el interés de



Es necesario adaptar el *Quijote* a los niños.

estos países, creo que no lo hubiese hecho. Si existían ya docenas de adaptaciones o reescrituras, ¿por qué contribuir a aumentar la confusión?

Era una buena pregunta, pero las razones me llegaron solas tras consultar las versiones del *Quijote* que en esos momentos había en las librerías.

No me atreví a comenzar la aventura de describir la primera parte (la del centenario) de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* hasta que no tuve bien claro dos premisas que me parecían

* José María Plaza es autor de *Mi primer Quijote* y *Las ingeniosas travesuras del pequeño Quijote y sus amigos*, ambos en España.

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer

esenciales para tal tarea: olvidarme de los cervantistas, y abordar *Mi primer Quijote* con la misma actitud de Cervantes a la hora de escribir *Don Quijote*: con la máxima libertad creativa, y teniendo muy presente al lector al que va dirigido el libro, un lector muy diferente al del siglo XVII.

Una vez que asimilé tales premisas quise delimitar el terreno, racionalizar los esfuerzos, saber bien cuáles eran las bases de mi trabajo, y tracé unos ejes fundamentales en los que apoyarme: el espíritu del *Quijote*, la música de Cervantes, el retrato de los personajes y la arquitectura de la novela. Y así, teniendo muy presentes, estos cuatro pilares decidí rescribir *Don Quijote de la Mancha*.

El desafío, al rescribir *Don Quijote de la Mancha* era incluir una acción inédita en la que engarzar, en pequeñas píldoras, la esencia de las importantes reflexiones que, ofrecidas como lo hace Cervantes, resultarían imposibles para el lector principiante de hoy.

Curiosamente, el último punto, que me parece tan importante como los restantes, estaba ausente en las versiones que había leído hasta entonces. No lo entendía, porque, al fin y al cabo, una novela es arquitectura: una construcción heterogénea en la que es necesario saber dosificar y distribuir los materiales que tienen valor tanto en sí mismos como en su relación con los demás y también formando parte de un todo.

Por eso, para acercarnos al *Quijote* y tener una idea bastante exacta de esta novela, había que respetar la construcción que Cervantes levantó con una cierta espontaneidad: las cuatro partes y los 52 capítulos del primer libro, incluidos, por supuesto, el manuscrito de *El curioso impertinente*, por más que sea una novela italiana independiente, el largo relato del *Cautivo* o la historia de Leandra.

Me parecía clave conservar la estructura externa (la apariencia física) y mantener el paralelismo de los capítulos, recoger sus historias respectivas pero también su pensamiento.

En la primera parte del *Quijote* hay dos largos discursos que no se pueden soslayar sin que se resienta el espíritu del libro y del personaje principal: el discurso sobre la Edad de Oro y la Edad del Hierro y el discurso sobre las Armas y las Letras, donde el autor —poeta y soldado—, por boca de don Quijote, toma partido por las armas. El desafío, en estos casos, era incluir una acción inédita en la que engarzar, en pequeñas píldoras, la esencia de estas importantes reflexiones, que así, ofrecidas tal como lo hace Cervantes en el *Quijote*, resultarían imposibles para el lector principiante de hoy, incapaces de aceptar un discurso que se extienda —mediante una larguísima parrafada— a lo largo del capítulo.

También había que mantener el múltiple perspectivismo de la novela, el innovador recurso del manuscrito encontrado y los distintos narradores, si bien, aquí se podía hacer un nuevo juego, como se hizo. Y ya no es Cervantes el que encuentra unos papeles —escritos en árabe— del historiador Cide Hamete Benengeli que hablan sobre el famoso caballero andante, sino que en *Mi primer Quijote*, el autor que firma el libro es el que halla un texto del escritor universal Miguel de Cervantes Saavedra, que es *El ingenioso hidalgo don Quijote sobre la Mancha*, en un castellano antiguo (para algunos, ininteligible) y, en vez de traducirlo, lo adapta, lo rescribe pensando en los lectores actuales.

El paralelismo de *Mi primer Quijote* con la novela de Cervantes se mantiene, incluso, en el prólogo (aunque se ha situado cerrando el libro) y en la dedicatoria, que aquí ya no es al duque de Béjar sino al príncipe Felipe. Tan sólo se han suprimido los poemas del principio y el final del libro.

El espíritu de una novela, como todos sabemos, tiene más que ver con su esen-

cia que con las circunstancias, y aunque se han respetado las anécdotas, éstas no han marcado de una manera rígida la recreación del *Quijote*, y nos hemos movido con gran libertad en los pasajes narrativos. Aunque nos hemos encontrado con dificultades para abordar esos capítulos en los que Cervantes inspecciona la biblioteca del hidalgo o hace una revisión crítica (cuando se encuentran con el canónigo de Toledo) del teatro de su tiempo. Aquí hemos optado por dar un moderado rodeo más que por el camino frontal.

En cuanto a la música de Cervantes, había que lograr que al leer —y leer en voz alta— *Mi primer Quijote* sonara a Cervantes, incluso para los que no lo conocen. No es una cuestión de palabras concretos, sino de estilo y tono. Para este punto ha sido decisivo el método empleado: leer seis o siete veces seguidas un capítulo del *Quijote* para que calara un cierto tono cervantino, e inmediatamente —y de memoria— rescribirlo a mano, resumiendo las anécdotas y los diálogos, y actualizando el lenguaje, pero sin deformar su sabor. Luego, al pasarlo a máquina, se acudía al texto de Cervantes para que nos iluminara en las dudas, lagunas, confusiones o zonas muertas.

Por lo general, y como método, nos hemos mostrado más libre en la narración y más fiel a Cervantes en los diálogos, pues el *Quijote* está escrito en el Siglo del teatro, y habrían de pasar doscientos cincuenta años hasta que la novela alcanzara su madurez. No es extraño, por lo tanto, y creo que así lo han destacado los críticos, que los diálogos del *Quijote* sean muy superiores a la narración y a las descripciones.

Los hallazgos de Cervantes

Uno de los grandes hallazgos de Cervantes lo constituyen esas conversaciones entre don Quijote y Sancho sobre todo lo humano y divino, con un punto de vista casi opuesto; pero a través de sus propios



Don Quijote en su biblioteca. Francisco de Goya.

razonamientos van hallando puntos en común, y si no los encuentran, no pasa nada, porque el entendimiento es posible. Hay una escena (capítulo 45) en la que don Quijote, paradójicamente, es capaz de parar una pelea —una de las más concurridas y enconadas de la novela— mediante el diálogo para asombro de los presentes, y muy en concreto, de sus amigos.

El otro gran hallazgo de Cervantes es la creación de un mito universal: don Quijote y Sancho Panza, dos personajes opuestos, como se ve ya desde su propia apariencia física. En principio, ambos personajes forman un juego de contrarios:

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer

gordo, flaco; alto, bajo; espíritu, carne; cabeza, vientre (Panza); cielo, tierra; sueño, realidad; pasado, presente; literatura, vida; caballero, campesino; héroe (que se proclama), cobarde; solitario, sociable; soltero, casado... Estos extremos, sin embargo, se van amortiguando a lo largo de la novela. Podemos apreciar, por ejemplo, que don Quijote, que habla con el idealismo de las novelas de caballerías, también es un defensor de los refranes populares, y Sancho Panza, que se declara cobarde, elige una vida de peligros y aventura, y siente nostalgia de esa vida cuando regresa a casa tras la segunda salida del hidalgo.

En una época de personajes planos, fijos, Cervantes nos ofrece dos protagonistas muy diferentes y, a la vez, similares; dos personajes humanos, con sus defectos y contradicciones, que sufren un crecimiento moral. Don Quijote y Sancho —una pareja frente al mundo— conviven con tanta intensidad y hasta complicidad que, como esos matrimonios eternos, acaban pareciéndose el uno al otro. Sancho se contagia del idealismo de los caballeros “y escuderos” andantes, y don Quijote empieza a fijar sus ojos en la tierra.

Era necesario que al rescribir y simplificar el *Quijote* de Cervantes no se perdiera el relieve de estos personajes ni su humanidad; pero también se imponía —una pequeña libertad para atrapar a los lectores no habituales— que esos personajes resultaran cercanos y, por supuesto, simpáticos, algo que no sucede en Cervantes, pues don Quijote es —en principio— un hombre obsesivo, violento, fácilmente irritable..., y al principio de la novela el lector se distancia de él.

Para lograr la implicación afectiva del principiante, su complicidad, se ha recurrido también a las ilustraciones, pues la primera impresión —el acto de fijarnos en un libro o en otro de los cientos que

tenemos delante— viene marcado, en buena medida, por su aspecto.

Era el momento, por lo tanto, para alejarnos de imágenes dolientes, expresionistas, barrocas o del legado de Doré, para ofrecer una interpretación visual que sorprendiera y, potenciara esa especie de simpatía y ternura en el lector, que le movía a la sonrisa comunicativa. Por eso se pensó en un ilustrador procedente del cómic y la publicidad, pero con un mundo propio muy consolidado, que fuese capaz de expresar gráficamente esa síntesis original y la actualización del *Quijote* y a su vez, atrapar al público. En la sociedad de la imagen, la imagen (las ilustraciones y la edición general del libro) constituye una de las bazas importantes para “vender” también el *Quijote*.

La elección de la iconografía de Jvllivs era, sin duda, una osadía, que, sin embargo, se ha convertido en un valor añadido. En las tempranas traducciones de *Mi primer Quijote* a otras lenguas, sus editores (cautos con las innovaciones) contemplaron la posibilidad de acompañar el texto con ilustraciones conocidas o más clásicas, pero, finalmente, tras consultar con una muestra selectiva de lectores, decidieron conservar los refrescantes originales de Jvllivs.

Un fresco de su tiempo

En este texto se ha hablado mucho de *Mi primer Quijote*, que es una recreación muy libre y muy fiel de la primera parte del *Quijote*, y muy poco de la novela de Cervantes. No nos corresponde a nosotros hacerlo, y ya existen decenas de miles de artículos y estudios sobre el tema de voces más autorizadas y de auténticos cervantistas.

Mi conocimiento del *Quijote* es circunstancial y desde dentro, es decir, más como escritor que como lector. Y como escritor me permitiré comentar la impresión que me llegó una vez que leí y releí, por fin, la novela: el *Quijote* no es una

obra escrita con el fin de criticar (o satirizar) las novelas de caballerías y acabar con esa moda, que ya se había acabado. Tal intención chirriaba y me recuerda lo de matar moscas con cañonazos. O así lo creo, no sé si ingenuamente.

Sabido es que Cervantes se inspiró en el Entremés de los romances (donde un labrador enloquece de tanto leer el Romancero), como estudió bien Menéndez Pidal, para su primitivo texto del *Quijote*. Esta influencia comprende poco más de su primera salida, que, en extensión, se corresponde una de sus novelas ejemplares. Aquí la intención de Cervantes sí podría haber sido la de escribir una burla de las novelas de caballerías, no tanto por esas novelas en sí como por seguir el juego del aludido entremés.

Pero luego, cuando Cervantes se da cuenta de lo que tiene entre manos, cuando intuye que ha logrado un estilo y un personaje que funcionan, que ha creado un mundo donde todo es posible y todo le puede estar permitido, entonces decide continuar con la novela (una larga y accidentada segunda salida); pero su intención ya no es hacer una crítica de las novelas de caballerías, aunque así lo afirme en el prólogo y precisamente por ello.

No tiene ningún sentido embarcarse en una aventura de tales dimensiones para atacar algo que ya es un cadáver, y así se ha afirmado en algunos estudios (que no siguen la corriente oficial), pues hacía medio siglo que las novelas de caballerías habían dejado de estar de moda.

La confesión de Cervantes —que, a mi parecer, se ha tomado equívocamente al pie de la letra— no deja de ser una ironía, un rasgo de sabiduría y, por supuesto, una excusa para poder mostrarse políticamente muy incorrecto en tiempos tan difíciles, y realizar —que era la que realmente se propuso— un fresco de la sociedad de su tiempo, un tiempo que tan bien

conocía y que llevaba enquistado en el alma.

De hecho, es al final de su primera salida (aún sin escudero) cuando empieza a inventarse el juego de autores; es decir, la distracción, el distanciamiento, la justificación moral para moverse a sus anchas.

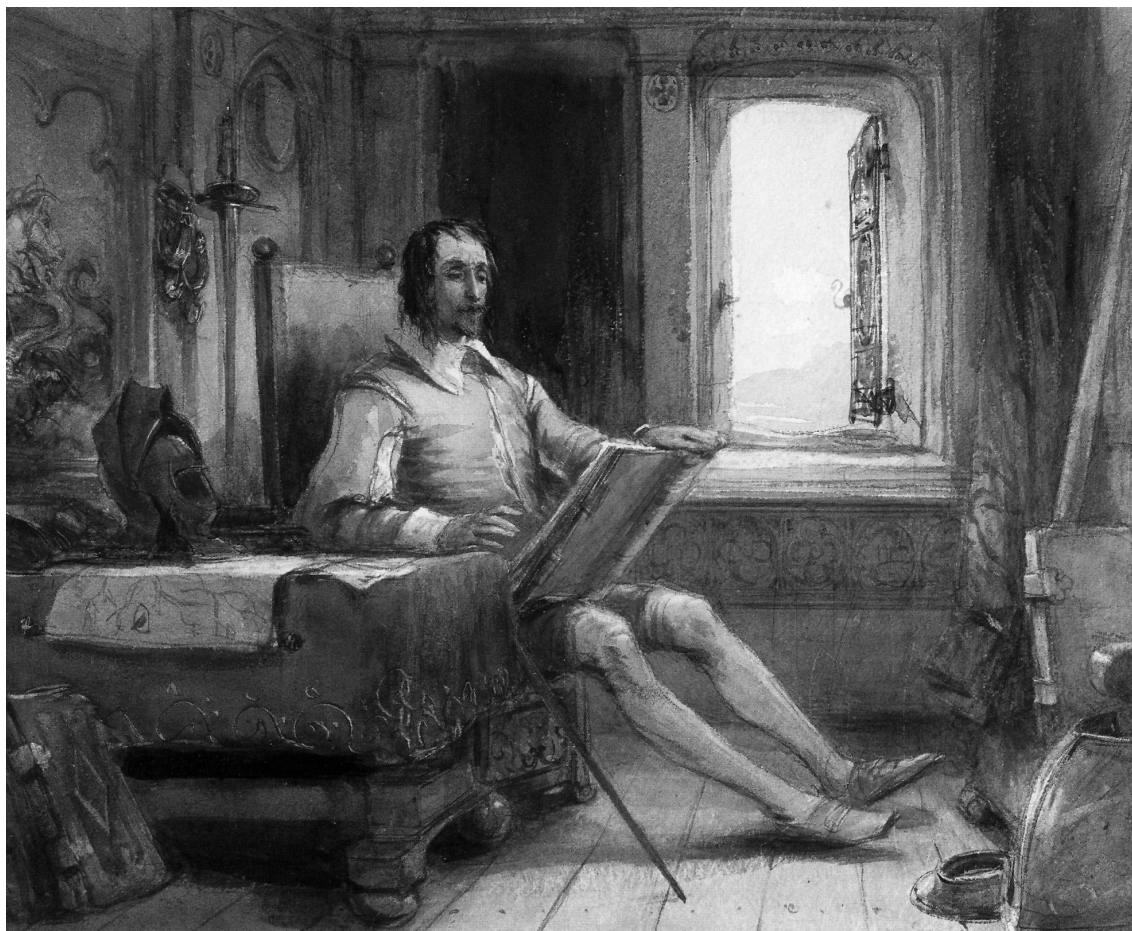
Cervantes ha vivido y ha reflexionado mucho (el cautiverio de Argel y sus estancias en las cárceles españolas) y ha alcanzado una sabiduría que va calando en las páginas y los múltiples personajes y situaciones que hallamos en el *Quijote*. Pero para expresar esa libertad y osadía, y volcar su amargo sentir, necesitaba la complicidad confesada —la tapadera— de la sátira a las novelas de caballerías, cuando en realidad lo que hace es darnos una visión crítica, amarga y a veces tierna, de su época.

En la recreación del libro *Mi Primer Quijote* se reflejan los dos valores más admirables del *Quijote*: la creación de un estilo donde quepa todo y el construir un personaje que te da la posibilidad de moverte por la novela con libertad y total impunidad.

Sin esa excusa y sin ese personaje, aparentemente loco, Cervantes no se hubiese atrevido a atacar el poder, burlarse de la iglesia y, en fin, cuestionar la Inquisición, la justicia, la nobleza, la cultura... Tampoco se lo hubiesen permitido. Cervantes es un desencantado de la vida y de la sociedad, y en esta novela nos muestra la España imperial y el tiempo que le ha tocado vivir, y que no le han tratado como él cree que se merecía.

La vida de Cervantes fue un pequeño desastre. Tuvo grandes sueños, pero muy mala suerte. La amargura reposada y su enorme y disimulada sabiduría se traslucen en esta novela tan personal y tan rica, donde siempre se descubre algo nuevo que nos sorprende.

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Leer



Don Quijote en su biblioteca. E. Declacroix.

De todos los valores del *Quijote* hay dos que me parecen los más admirables: la creación de un estilo (un estilo sin estilo como se suele decirse) donde quepa todo, y el construir un personaje que te da la posibilidad de moverte por la novela con enorme libertad, y hasta con impunidad. Y lo más asombroso aún es que Cervantes haya sabido utilizar con tanto genio estos peligrosos elementos.

Yo también, lógicamente, he intentado aprovecharme de esas genialidades del escritor para la recreación de *Mi primer Quijote*, libro en el que hay un reconocimiento expreso a Cervantes “por permitirme ser yo mismo siendo el otro” o al revés “ser el otro siendo yo mismo”. En esta especie de juego borgiano está la cla-

ve de mi versión, que constituye una introducción al mundo de Cervantes, o al menos con esa intención se hizo: pensando en los que se inician ahora en el *Quijote* y en todos aquellos —tengan la edad que tengan— que abordaron la novela, la tentaron y tantearon una o muchas veces, pero nunca pudieron con ella.

Una vez metidos en la historia y en los personajes, y una vez que se conocen bien los sucesos narrativos, quizás empiecen a leer con otros ojos “El ingenioso hidalgo...” o, tal vez con este bagaje, se atrevan a adentrarse directamente en la segunda parte *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, el escritor universal. ●